

EL SUEÑO DE UN HOMBRE RIDÍCULO

RELATO FANTÁSTICO

I

SOY un hombre ridículo. Ahora me llaman loco. Esto representaría un ascenso de categoría si no continuara siendo tan ridículo como antes para la gente. Sin embargo, ahora ya no me enfado, todo el mundo me parece simpático y diría que más aún cuando se ríen de mí. Yo mismo me reiría con los demás, no por querer reírme de mí, sino por amor a ellos. Lo haría si al contemplarlos no me causaran tanta pena. Me entristecen, porque no conocen la verdad y yo sí la conozco. ¡Qué duro, ay, ser el único en conocer la verdad! Pero cosa es ésta que no comprenderán. No, no la comprenderán.

Antes me molestaba mucho parecer ridículo. No lo parecía, lo era. Me ridiculizaban siempre, lo sé quizá desde mi propio nacimiento. Quizá lo supe a los siete años. Estudié en la escuela; más tarde, en la universidad. Cuanto más estudiaba, tanto mejor sabía que era ridículo. Al final resultó que toda mi ciencia universitaria existía como quien dice para demostrarme y ponerme

en claro, a medida que progresaba en mis estudios, que yo era ridículo. En la vida me ocurrió poco más o menos lo mismo que en la ciencia. De año en año adquiría más plena conciencia de mi ridiculez en todos los sentidos. De mí se reía todo el mundo, se reían siempre. Una cosa, sin embargo, no sabía ni adivinaba nadie, y consistía en que si había en la Tierra un ser que comprendiera que yo era ridículo, este ser era yo. Nada más lamentable para mí que este hecho, es decir, que no lo supieran, a pesar de que yo mismo tenía la culpa de ello, pues fui siempre tan orgulloso, que nunca quise reconocerlo. Con los años aumentaba mi orgullo, y si por casualidad hubiera reconocido ante una persona, quienquiera que fuese, mi condición de hombre ridículo, me parece que en seguida, la misma noche, me habría saltado la tapa de los sesos con un disparo de revólver. ¡Oh, cuánto sufrí en mi adolescencia temiendo no poder resistir por más tiempo y confesar mi ridiculez en un momento de debilidad a algún camarada! Pero desde que llegué a joven, aunque cada año iba adquiriendo un mayor conocimiento de mi horrible condición, fui volviéndome, sin saber por qué, más tranquilo. Realmente, sin saber por qué, y aún hoy no he logrado contestarme a ese porqué. Quizá se debió a la terrible congoja que se apoderó de mí por una circunstancia infinitamente más poderosa que todo mi ser: llegué a convencerme de que en este mundo todo daba lo mismo en todas partes. Hacía mucho que lo presentía, mas sólo el último año, y como de sopetón, alcancé ese convencimiento cabal. De pronto me di cuenta

de que me daba lo mismo que existiera el mundo o que no hubiera absolutamente nada en parte alguna. Con todas las fibras de mi ser comencé a percibir y a sentir que a mi vera no había nada. Al principio tenía la impresión de que anteriormente sí había habido muchas cosas, pero luego acerté a ver que tampoco antes había habido nada, sólo lo parecía. Poco a poco me convencí de que tampoco habría nada nunca en el futuro. Entonces, un buen día, cesé de sentirme enojado contra las personas y casi dejé de darme cuenta de su existencia. A fe mía, hasta en los detalles más insignificantes resultaba ello evidente. A veces, por ejemplo, caminaba por la calle y me tropezaba con alguien. No es que estuviera yo embebido en mis pensamientos, pues no tenía en qué pensar; entonces había dejado de pensar por completo, me daba lo mismo todo. ¡Bien estaría si hubiera resuelto las cuestiones!, pero no había resuelto ninguna, y cuántas había? Pero desde que me daba lo mismo, todos los problemas se esfumaron.

Fue después de todo eso cuando conocí la verdad. Llegué a adquirir este conocimiento en noviembre último; con toda exactitud, el tres de noviembre, y desde entonces no dejo de recordarlo a cada instante. El hecho se produjo una noche tenebrosa. Recuerdo muy bien que al regresar a mi casa, a las once, estaba pensando que aquélla era la noche más tenebrosa de cuantas puede haber. No podía serlo más, ni siquiera en el aspecto físico. Llovió todo el santo día. La lluvia era muy fría y tenebrosa, una lluvia amenazadora, y manifiestamente hostil

al género humano. De improvviso, a las once de la noche, dejó de llover. La humedad era espantosa. Se sentía más humedad y más frío aún que cuando estaba lloviendo. Una especie de vapor se desprendía de todas las cosas, de cada piedra de la calle y de cada callejuela si se miraba desde cierta distancia. De pronto me figuré que se notaría una sensación de alivio si se apagara el gas en todas partes, pues su luz lo iluminaba todo y dejaba, así, el ánimo compungido. Aquel día yo había comido muy poco y había pasado la velada en casa de un ingeniero, junto con otros dos amigos suyos. Estuve callado todo el tiempo y me parece que quedaron hartos de mí. Hablaban de algo vidrioso e incluso llegaron a acalorarse. Pero el asunto les tenía sin cuidado, me daba cuenta de ello, y se acaloraron porque sí. De pronto les dije lo que pensaba: «Señores, en realidad a ustedes esto les tiene sin cuidado». No se ofendieron por mis palabras, sino que se rieron de mí. Fue así porque yo no había hablado en son de reproche, ya que a mí me daba lo mismo. Se dieron cuenta de que a mí me daba lo mismo y eso les hizo gracia.

Cuando en la calle se me ocurrió lo del gas, levanté la vista al cielo. Estaba horriblemente oscuro, pero podían distinguirse sin dificultad nubes desgarradas y entre ellas manchas negras sin fondo. De pronto divisé en una de esas manchas una estrellita y me quedé mirándola. La estrellita acababa de darme una idea: decidí suicidarme aquella noche. Había resuelto firmemente acabar con mi vida hacía ya dos meses, y mi mucha pobreza no me

había impedido comprarme un magnífico revólver el mismo día y cargarlo. Sin embargo, habían transcurrido dos meses y el revólver permanecía encerrado en un cajón. Hasta tal punto me daba todo lo mismo, que esperaba aprovechar el instante en que, por fin, no me resultara todo tan indiferente. No puedo explicar por qué lo había decidido así. El hecho es que durante esos dos meses todas las noches, al regresar a mi casa, pensaba que me pegaría un tiro. Esperaba el instante propicio. La estrellita me dio la idea de que sería infaliblemente aquella noche. Por qué me sugirió la estrellita esta idea es cosa que no sé.

Pues he aquí que, mientras estaba mirando al cielo, una niña me agarró del codo. La calle estaba vacía, casi no se veía a nadie. Un cochero dormitaba en su carruaje, algo apartado. La niña tendría unos ocho años, llevaba un pañuelito sobre los hombros e iba sin abrigo. Estaba completamente mojada, pero sobre todo se me grabaron en la cabeza sus zapatos mojados y rotos. Todavía hoy los tengo clavados en la memoria. Fue lo que más me saltó a la vista. Empezó a tirarme del codo y a llamarme. No lloraba, pero decía unas palabras algo entrecortadas, pues estaba aterida y temblaba de pies a cabeza. Algo la había horrorizado y gritaba desesperadamente: «¡Mamita! ¡Mamita!». Volví hacia ella el rostro, pero no le dije ni una palabra, y proseguí mi camino. La niña corría y tiraba de mí. En su voz resonaba el acento que se da en los niños cuando están muy asustados y que es señal de desesperación. Conozco ese acento. Aunque la

niña no acababa de pronunciar las palabras, comprendí que su madre se estaba muriendo en algún lugar o que algo grave le ocurría, mientras la niña salió corriendo a llamar a alguien, a buscar algo para ayudarla. Pero yo no la seguí. Al contrario, de pronto se me ocurrió echarla de mi lado. Primero le dije que se dirigiera al guardia del barrio. La niña cruzó los bracitos. Gimiendo y respirando con dificultad, siguió corriendo a mi lado, no me abandonaba. Entonces di una patada al suelo y lancé un grito. La niña sólo exclamó: «¡Señor, señor!...», pero de repente me abandonó y cruzó la calle a toda prisa; había aparecido otro transeúnte y por lo visto fue a su encuentro.

Subí a mi quinto piso. Vivo en una casa donde se realquilan habitaciones. La que yo ocupo es pequeña y pobre, y tiene una ventanita semicircular, como de buhardilla. Hay en mi habitación un diván tapizado con hule, una mesita con unos libros encima, dos sillas y un cómodo sillón, que no puede ser más viejo de lo que es, pero con asiento hundido y elevado respaldo. Me senté, encendí una vela y me puse a caminar. Al otro lado de un tabique, en la habitación contigua, se oía un infernal ruido desde hacía tres días. La alquila un capitán retirado y había invitado a unos seis individuos de baja estofa con los cuales bebía vodka y jugaba al monte con unos naipes viejos. La noche anterior se pelearon y me consta que a dos de ellos los estuvieron arrastrando de los cabellos durante un buen rato. La dueña de la casa quería denunciarlos, pero el capitán le infundía un miedo cerual. Aún tenemos otro realquilado, una dama bajita y

flaca, señora de militar, venida de provincias con tres pequeñuelos que ya se han puesto enfermos en nuestra casa. También ella y sus hijos temen al capitán como al diablo en persona y se pasan la noche entera temblando y persignándose. El más pequeño de los niños tuvo un síncope debido al miedo. Sé a ciencia cierta que dicho capitán a veces se acerca a los transeúntes de la avenida Nevski y les pide limosna. No le dan el reingreso en el servicio activo, pero aunque parezca raro (ésa es la razón de que lo cuente) no me ha irritado en lo más mínimo en el transcurso del mes entero que lleva viviendo en nuestra casa. Como es natural, desde el primer momento he evitado trabar amistad con él. Por otra parte, a él mismo le resulté fastidioso desde que nos conocimos; ahora bien, por más que gritaran al otro lado del tabique y por muy numeroso que fuera el grupo de los que allí se reunían, me quedaba indiferente, siempre me daba lo mismo. Me paso la noche sentado y ni siquiera los oigo, palabra de honor; hasta tal punto me olvido de que existen. Desde hace un año ninguna noche llego a dormirme antes del amanecer. Me quedo sentado en el sillón, junto a la mesita, sin hacer nada. Los libros sólo los leo de día. Permanezco sentado y ni siquiera pienso. Vagan por mi mente algunos pensamientos y los dejo en plena libertad. Durante la noche la vela se consume por completo.

Estaba sentado ante la mesa muy tranquilo. Saqué el revólver del cajón y lo puse ante mí. Al realizar este acto, me pregunté, según recuerdo muy bien: «¿Decidido?», y me respondí con rotunda afirmación: «Decidido».

O sea, me pego un tiro. Yo sabía que aquella noche me suicidaría sin falta, aunque no podía decir cuánto tiempo permanecería aún sentado junto a la mesa. Y no hay duda de ningún género de que me habría pegado el tiro de no haber sido por aquella niña.

II

No olviden una cosa: aunque todo me daba lo mismo, no por ello dejaba de ser sensible, por ejemplo, al dolor. Si alguien me hubiera dado un golpe, me habría hecho daño. Exactamente lo mismo me ocurría en el aspecto moral. De acontecer algo que diera mucha lástima, me habría apiadado como durante la época de mi vida en que no todo me daba lo mismo. Hacía un rato que sentía lástima y habría ayudado sin duda alguna a la pequeñuela. ¿Por qué no lo había hecho? Total, por una idea que entonces se me ocurrió. Cuando la niña me tiraba del codo y me llamaba, se me planteó repentinamente una cuestión que no pude resolver. La pregunta era ociosa, pero yo me enojé. Se debió mi enojo a la conclusión de que si había decidido poner fin a mi vida aquella noche, más que nunca tenía que darme lo mismo todo lo del mundo. ¿A santo de qué me di cuenta de que no todo me daba lo mismo y de que tenía lástima de la niña? Recuerdo que sentí una enorme compasión por ella, que llegó a producirme incluso un raro dolor totalmente insólito en mi caso. La verdad, no sé explicar mejor la sensación efímera de entonces, pero el hecho es que aquel estado de ánimo me persiguió en casa cuando ya me hube sentado a la mesa. Estaba irritadísimo, como no lo había estado hacía mucho tiempo. Los razonamientos se seguían unos a otros sin cesar. Resultaba evidente que si yo era un hombre y aún no me había con-

vertido en cero y mientras no me convirtiera en él, yo vivía y, por tanto, podía sufrir, enojarme y sentir vergüenza de mis propios actos. Admitámoslo. Pero si me suicidaba, por ejemplo, a las dos horas, ¿qué había de importarme la niña, la vergüenza y cuanto en el mundo existe? Me convertiría en un cero, en un cero absoluto. La conciencia de que dentro de poco, ahora mismo, dejaré de existir por completo y, en consecuencia, de que no existirá nada, ¿no ha de influir en lo más mínimo ni sobre el sentimiento de compasión por la niña ni sobre el sentimiento de vergüenza por la ruindad cometida? Precisamente, si pataleé y grité como un salvaje dirigiéndome a la desgraciada niña, fue porque, «ya veis, no sólo no tengo compasión, sino que puedo cometer una inhumana vileza dado que dentro de dos horas todo se apagará». ¿No creen ustedes que por esto me puse a gritar? Ahora estoy casi convencido de ello. Entonces me parecía incontestable que la vida y el mundo eran como si dependieran de mí. Incluso puede decirse que el mundo, en cierto modo, existía para mí solo: me pegaría un tiro y el mundo dejaría de ser, por lo menos para mí, sin hablar de que, en efecto, quizá para nadie existirá el mundo cuando yo no esté. Puede que no bien me apague yo, se esfume el mundo, como una aparición, como si sólo perteneciera a mi conciencia, y desaparezca. Es posible que ese mundo y las gentes todas no sean otra cosa que yo mismo y sólo yo.

Recuerdo que mientras razonaba, sentado en el sillón, daba la vuelta a todos estos nuevos problemas, que

se apretujaban uno tras otro. Los examinaba incluso desde el ángulo opuesto y se me ocurrían cosas completamente distintas. Se me vino a la cabeza, de pronto, una idea muy rara. Me decía: supongamos que hubiera vivido en la Luna o en Marte y que allí hubiera cometido el acto más vituperable y deshonoroso que pueda uno imaginarse; supongamos que hubiera sido humillado y cubierto de oprobio, por dicho acto, como sólo cabe sentir e imaginar alguna vez en sueños durante una pesadilla, y admitamos que, de vuelta a la Tierra, conservara la conciencia de lo hecho en el otro planeta y supiera, además, que no había de volver allí nunca ni por nada. Admitido todo esto, ¿me daría lo mismo o no, el mirar a la Luna desde la Tierra? ¿Me invadiría o no esta oleada de vergüenza? Las preguntas eran ociosas y superfluas, pues tenía ante mí el revólver y yo sabía con todas las fibras de mi ser que eso tendría lugar sin falta. Sin embargo, me encendían y yo me ponía furioso. Era como si entonces no pudiera morir sin haber resuelto algo previamente. En una palabra, aquella niña me salvó, porque con estas cuestiones alejé el disparo. Entretanto se fue haciendo el silencio en la habitación del capitán. Terminaron de jugar a cartas, se estaban acostando y mientras tanto refunfuñaban y se dedicaban perezosamente los últimos insultos de aquella noche.

Entonces también yo me quedé inesperadamente dormido en el sillón, junto a la mesa, lo cual nunca me había ocurrido antes. Me dormí sin percatarme de ello. Los sueños constituyen un fenómeno muy raro, lo sabe

todo el mundo. Unos se presentan con una diafanidad espantosa, acabados en los más nimios detalles, como obra de orfebrería. En otros se dan saltos como sin captar las cosas, por ejemplo, a través del espacio y del tiempo. Diríase que no es la razón lo que mueve a los sueños, sino el deseo; que no es la cabeza, sino el corazón. Sin embargo, ¡a qué sutilezas no ha llegado en ciertas ocasiones mi entendimiento en sueños! Con el entendimiento ocurren cosas en sueños totalmente inconcebibles. Por ejemplo, mi hermano murió hace cinco años, pero a veces en sueños lo veo y participa en lo que yo hago y nos sentimos los dos interesadísimos por muchas cosas. Sin embargo, durante todo el sueño, me doy cuenta de que mi hermano murió y está enterrado, lo sé y lo recuerdo. ¿Cómo no he de maravillarme de que se halle ahí, a mi lado, y me acompañe en lo que hago, a pesar de que está muerto? ¿Por qué mi razón lo admite? Pero basta. Voy a contar mi propio sueño. Fue entonces, el tres de noviembre, cuando lo tuve. Ahora la gente quiere fastidiarme diciendo que se trata únicamente de un sueño. ¿Pero qué importa que se trate o no de un sueño, si él me ha anunciado la Verdad? Una vez se ha reconocido la verdad y se ha visto, uno sabe lo que es y que no existe otra ni puede existir, tanto si duerme como si vela. ¿Un sueño? ¡Que lo sea, no me importa! Pero quisiera que se acabara con un suicidio esa vida que tanto exaltan ustedes, mientras que mi sueño... ¡oh, mi sueño! Me anunció una vida nueva, ¡una vida magna, renovada, fuerte!

Escuchen.

III

He dicho que me dormí sin darme cuenta y como si continuara razonando acerca de las mismas cuestiones. De pronto sueño que tomo el revólver y, sin moverme del asiento, me lo apunto al corazón. Al corazón, no a la cabeza. Antes había decidido disparar sin falta a la cabeza, concretamente a la sien derecha. Puesto el cañón en el pecho, espero un segundo o dos. Ante mí, de repente, empiezan a moverse y tambalearse la vela, la mesa y la pared. Me apresuro a disparar.

En sueños a veces cae uno de una altura o nota que lo rajan o que le pegan, pero nunca se siente dolor a no ser que de uno u otro modo se dé algún golpe real en la cama. En este caso casi siempre se nota y el dolor nos despierta. Lo mismo me ocurrió a mí: no noté dolor alguno, pero tuve la impresión de que con mi disparo todo mi ser sufrió una tremenda conmoción y que, de pronto, todo se apagó. A mi alrededor no hubo más que una espantosa y negra oscuridad. Era como si me hubiera quedado ciego y mudo. Estoy echado sobre algo duro, boca abajo, extendido, sin ver nada y sin poder realizar ni el más insignificante movimiento. En torno se agitan y gritan, habla con voz de bajo el capitán, chilla la dueña de la casa. De pronto se abre un nuevo paréntesis y luego me llevan en un ataúd cerrado. Percibo su balanceo y ello me hace reflexionar. De pronto, por primera vez me asalta la idea de que estoy muerto, completa-

mente muerto, de que lo sé y no dudo de ello, de que no veo ni me muevo, aunque siento y razono. Pronto me acomodo a esta situación y, por la fuerza de la costumbre, como en sueños, acepto la realidad sin discutirla.

Me enterraron. Se fueron todos y me quedé solo, totalmente solo. No me movía. Cuando, estando despierto, me representaba cómo iban a enterrarme en la sepultura, asociaba siempre a la idea de tumba la mera sensación de humedad y frío. También entonces noté mucho frío, especialmente en las puntas de los dedos de los pies, pero no sentí nada más.

Estaba echado y, cosa rara, no esperaba nada, aceptando como hecho incontestable el que un muerto nada tiene que esperar. Pero había humedad. No sé cuánto tiempo transcurrió, una hora, varios días o muchos. En un determinado momento cayó sobre mi ojo izquierdo, cerrado, una gota de agua que se filtró a través de la tapa del ataúd. Un minuto después cayó otra, un minuto más tarde cayó la tercera gota, y así continuaron cayendo gotas cada minuto. Me sentí profundísimamente indignado y llegué a notar dolor físico en el corazón. «Es mi herida —pensé—, es el disparo, ahí está la bala...» Y las gotas iban cayendo cada minuto directamente sobre mi ojo cerrado. De pronto invoqué al Todopoderoso con todo mi ser aunque no con la voz, pues carecía de la facultad de movimiento. Lo invoqué por todo cuanto se hacía conmigo:

«Quienquiera que seas, si Tú eres y existe algo más razonable que lo que aquí tiene lugar, permite que también aquí se produzca. Pero si Tú me castigas por mi

insensato suicidio dándome una ulterior existencia ruin y absurda, no olvides que nunca, ningún suplicio que me alcance, podrá compararse con el desprecio que sentiré yo callando aunque sea durante millones de años de martirio...»

Hice la invocación y guardé silencio. Casi durante un minuto entero fue absoluto; incluso cayó otra gota, pero yo sabía y creía con certeza ilimitada e indestructible que iba a modificarse todo de un momento a otro. De pronto se abre mi tumba. Mejor dicho, no sé si la abrieron y quitaron la tierra, pero un ser oscuro y desconocido para mí me agarró y me hallé en el espacio. Recobré la facultad de ver. La noche era oscura. ¡Nunca había habido otra semejante! Nos desplazábamos por el espacio, lejos ya de la Tierra. Yo nada preguntaba al ser que me conducía. Esperaba, orgulloso. Me aseguraba a mí mismo que no tenía miedo y esta idea me dejaba en suspenso, extasiado. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos moviéndonos en el espacio, ni puedo imaginármelo. Todo ocurría como pasan las cosas en sueños, cuando el que sueña salta a través del espacio y del tiempo lo mismo que a través de las leyes del ser y del juicio y se demora únicamente en los puntos que el corazón anhela. Recuerdo que de pronto divisé una estrellita en la oscuridad.

—¿Es Sirio? —dije sin dominarme, pues me había propuesto no preguntar nada.

—No, es la misma estrella que viste tú entre las nubes cuando regresabas a tu casa —me respondió el ser que me llevaba.

Yo sabía que su rostro era semejante al de un ser humano. Cosa rara, no sentía ningún cariño por él, incluso llegaba a serme profundamente repulsivo. Yo esperaba el no-ser absoluto, y para alcanzarlo me había disparado el tiro al corazón. Pues bien, me encontraba en manos de un ser que no era humano, es cierto, pero que *era*, existía. «Resulta, pues, que también en el otro mundo existe la vida», pensaba con la rara frivolidad del sueño, pero en esencia mi corazón seguía siendo el mío con toda su profundidad. «Si hay que *ser* otra vez —pensaba yo— y hay que vivir de nuevo en virtud de la insoslayable voluntad de alguien, no quiero que me venzan y me humillen.» «Sabes que te tengo miedo y por esto me desprecias», dije de improviso a mi acompañante, formulando, sin poderme contener, la pregunta que implicaba el humillante reconocimiento y sintiendo este oprobio en el corazón, como un alfilerazo. No respondió a mi pregunta, pero de repente me di cuenta de que no me despreciaba y de que no se reía de mí; ni siquiera me compadecía, y nuestro camino tenía un fin, desconocido y misterioso, si bien me afectaba sólo a mí mismo. Sentí aún más miedo. De mi callado acompañante, algo se me comunicaba sin palabras, pero con fatiga, como si penetrara en mi ser. Nos desplazábamos por espacios oscuros e ignorados. Hacía mucho que no divisaba las constelaciones familiares a nuestra mirada. Sabía que en el espacio existen estrellas cuya luz llega a la Tierra tan sólo en el transcurso de miles y millones de años. Quizá habíamos cruzado ya tales espacios. Preso de una torturante inquietud, esperaba algo horrible. De pron-

to, un sentimiento indefinido, familiar y entrañable, me conmovió. ¡Acababa de ver nuestro Sol! Yo sabía que aquello no podía ser nuestro Sol, el que dio origen a nuestra Tierra, del cual nos hallábamos a una distancia infinita; pero me di cuenta, por lo que sea, con todas las fibras de mi ser, de que aquél era un Sol exactamente igual al nuestro, su repetición, su doble. Un sentimiento entrañable resonaba en mi alma alborozada. La íntima fuerza de la luz, de la misma luz que me engendró, encontró eco en mi corazón y lo hizo resucitar. Entonces yo percibí la vida, la anterior, por primera vez después de mi muerte.

—Si esto es el Sol, si es un sol exactamente igual al nuestro —grité—, ¿dónde está la Tierra?

Entonces mi acompañante me señaló una estrellita que brillaba con destellos de esmeralda en la oscuridad. Volábamos directamente hacia ella.

—¿Son posibles, acaso, semejantes repeticiones en el Universo? ¿Tal es, por ventura, la ley de la naturaleza?... Y si lo que se ve ahí es un planeta como la Tierra, ¿será, quizá, igual al nuestro... exactamente igual, desdichado y pobre, pero entrañable y eternamente querido como el nuestro y despertará asimismo, angustioso amor incluso en sus hijos más desagradecidos?... —exclamé, conmovido por un amor incontenible y exaltado hacia la anterior Tierra mía que acababa de abandonar.

La imagen de la pobre niña a la que tan mal había tratado fulguró ante mí.

—Lo verás todo —respondió mi acompañante, y en su voz resonó un acento de tristeza.

Pero nos acercábamos rápidamente al planeta, que iba adquiriendo mayor volumen a ojos vista, y llegué a distinguir los océanos y los contornos de Europa. Los celos hicieron presa de mi corazón en forma de raro sentimiento, grandioso y sacrosanto: «¿Cómo es posible que se produzca semejante repetición y con qué objeto se da? Yo quiero y únicamente puedo querer a la Tierra que abandoné dejando salpicaduras de mi sangre cuando, desagradecido, apagué mi vida con un disparo en el corazón. Pero nunca, nunca he dejado de amar a esa tierra, ni siquiera la noche en que me separé de ella. Entonces la amé quizá más atormentadamente que nunca. ¿Existirá también el tormento en esta nueva Tierra? La verdad es que, en la nuestra, sólo podemos amar sufriendo y a través del sufrimiento. No sabemos querer de otro modo ni conocemos ningún otro amor. Queremos sufrir para amar. En este minuto quiero besar derramando torrentes de lágrimas única y exclusivamente la Tierra que he dejado, lo anhelo y no deseo ni admito la vida en ninguna otra...».

Pero mi acompañante ya me había abandonado. Sin saber cómo, me encontré en esa otra Tierra bañado por la clara luz de un día soleado y maravilloso, como en el paraíso. Creo que me hallaba en una de las islas que en nuestra Tierra constituyen el Archipiélago Griego o en algún lugar de la costa continental inmediata al archipiélago indicado. Todo era exactamente igual a lo nuestro, si bien parecía que, por fin, todo se encontraba envuelto en un hálito indefinido de bienaventuranza festiva y gran-

diosa, sacrosanta y lograda. El dulce mar de esmeralda se rizaba suavemente contra la orilla, acariciándola con amor manifiesto, perceptible, casi consciente. Los altos y maravillosos árboles lucían toda la magnificencia de su color y no me cabe duda alguna de que sus hojitas sin fin me daban la bienvenida con su murmullo suave y lisonjero, como si articularan mágicas palabras de amor. La hierba estaba sembrada de brillantes flores aromáticas. Los pájaros volaban en bandadas, se me posaban en los hombros y en las manos sin miedo alguno, acariciándome con el alegre batir de sus graciosas y vibrantes alitas. Por fin vi y conocí a los habitantes de esa Tierra feliz. Se me acercaron, me rodearon, me cubrieron de besos. Eran hijos del Sol, de su Sol, de hermosura sin par. ¡Nunca he visto tanta belleza en el hombre de la Tierra nuestra! Quizá cabría encontrar un reflejo de esa belleza, lejana y débil, en nuestros hijos durante los primeros años de su existencia. Los ojos de esas gentes felices brillaban con claros reflejos; resplandecía en sus caras la luz de la inteligencia y del discernimiento pleno de serenidad, pero eran caras alegres. En las palabras y en las voces de aquellas gentes resonaba un gozo infantil. ¡Oh, lo comprendí todo, inmediatamente, no bien hube puesto mi primera mirada en sus rostros! Aquella era una Tierra no mancillada por el pecado original y en ella vivían personas que no habían pecado; vivían en un paraíso semejante a aquel en que vivieron, según las tradiciones de la humanidad entera, nuestros primeros padres pecadores, con la diferencia de que esa Tierra era toda ella un paraíso. Aquellas

personas, riendo alegremente, se agrupaban en torno mío y me colmaban de agasajos. Me llevaron a sus casas. Todos querían tranquilizarme. No me preguntaron absolutamente nada, como si ya lo supieran todo y no tuvieran otro deseo que el de borrar cuanto antes de mi rostro las huellas del sufrimiento.